

rosario; ó ir en cuadrilla los días de fiesta á coger ramas de oliva, y sentarse en la yerba á cantar en coro himnos que él había compuesto, adaptándoles aires que antes servían á la frivolidad ó á la inmoralidad (1). De este modo se regeneraban la ciencia, la poesía, la música. Á los espectáculos del carnaval, á la imitación de los triunfos de Camilo y Paulo Emilio, sucedió un espectáculo mas tierno: el domingo de Ramos se representó la entrada de Jesucristo en Jerusalem. Iban delante ocho niños, con la cruz en una mano, y en la otra una rama de olivo; detras religiosos, despues hombres de todas clases, y por último niñas vestidas de blanco y coronadas de flores. Voces infantiles repetían los cantos sagrados; las personas piadosas derramaban lágrimas, una involuntaria emoción detenía la sonrisa en los labios de los *Tiepidi*.

Para hacer prosperar las artes del dibujo, proyectaba fray Jerónimo algo semejante á las logias de los francmasones: quería unir á su convento una escuela, donde los frailes legos se ejercitasen en la pintura y escultura, á la sombra del santuario. Entretanto difundía mejores y mas severas ideas sobre la belleza, y sobre su vínculo con la virtud (2). Varios de los grandes artistas de la época le veneraron como á su maestro y como á un santo. En cuanto le oyó Juan Pico de la Mirandola, le pareció no haber para él mayor felicidad que la de volverle á oír. Ángel Policiano le adoró como un santo, como un excelente y docto predicador de insigne ciencia; el poeta platónico Benivieni defendió enérgicamente sus doctrinas contra los ataques de que eran objeto. El mejor grabado de Juan de la Carniola representa á este fraile, que reprodujeron tambien los burles de Baldini y de Botticelli. Andres de la Robia y sus cinco hijos dieron pruebas de su adhesión

(1) « Los referidos jóvenes tenían sus reuniones y habían elegido entre ellos oficiales, esto es, *mesires*, consejeros y otros empleados, que recorrían el país á fin de extinguir el juego y los demas vicios... quitando cartas y dados, recogiendo libros de amorios y noveluchas que arrojaban al fuego. Si al ir por las calles encontraban alguna de esas jóvenes, vestidas pomposamente, con trajes de cola ó adornos deshonestos, la saludaban de un modo cortés y la reprendían con dulzura, diciéndole: « Noble dama, acordáos de que sois mortal y de que llegará día en que tendréis que renunciar á todas esas pompas y vanidades, » añadiendo algunas otras palabras acomodadas al objeto, de suerte que, si no por gusto, á lo ménos por vergüenza dejaban gran parte de su lujo vano. Igualmente los hombres infames y viciosos, por temor de que se les acusase ó descubriese, se abstentaban de muchas cosas. » *Vida de Juan de Empoli*.

(2) « Pero, decídmelo ¿ en qué consiste la belleza? ¿ En los colores? no. La belleza es una forma que resulta de la proporción y correspondencia de todos los miembros y colores; de esta proporción nace una cualidad llama belleza. Esta es la verdad en las cosas compuestas; pero en las simples, la belleza consiste en la luz. La belleza del sol no depende de otra circunstancia; el extraordinario esplendor de Dios es la belleza. Las criaturas son tanto mas hermosas, cuanto mas participan y se acercan á la belleza de Dios: y el cuerpo es tanto mas bello cuanto mas hermosa sea el alma. Consideremos dos mujeres cuyos cuerpos sean igualmente bellos; su pongamos que la una sea santa y la otra pervertida; ahora bien, la santa será mas amada que la pecadora, y todas las miradas se dirigirán á ella, hasta las de los hombres carnales. »

á fray Jerónimo; el grande arquitecto Cronaca *no gustaba hablar mas que de él*. Lorenzo de Credi le dedicó sus castas inspiraciones; fray Benito, célebre miniador, se armó en su favor cuando supo que había caído en poder de los enemigos (1); despues, cuando sucumbió, Botticelli resolvió dejarse morir de hambre, y el pintor Baccio de la Porta se metió fraile, bajo el nombre de fray Bartolomé.

Animado Savonarola por el buen éxito de sus predicaciones, se atrevió á emprender una obra de la que no pueden juzgar los que sacrifican á la admiración clásica de las formas el culto y el sentimiento, la originalidad y la virtud. Los niños iban de casa en casa en busca de los objetos de un lujo lascivo, que habían incurrido en la reprobación del predicador, y que designaban con el nombre de *anatemá*; y amontonó en la plaza canciones amorosas, cuadros y grabados deshonestos, naipes, dados, adornos femeniles, bufonadas obscenas de Boccaccio ó de Pulci (2), se les prendió fuego en medio de la ciudad de las bellas artes, de la alegre vida, de la poesía indiferente, del placer sensual, en la patria de Firenzuola, y el pueblo vió aquel espectáculo y entonó el *Te Deum*.

Savonarola declaró tambien la guerra á la sed pagana de ganancia, con la idea que tenía de reformar todas las facultades, y elevó la voz en favor de los pobres dentro de aquellos muros donde los bancos estaban tan florecientes, y enriquecían á los usureros. Hizo instituir montes de piedad, y predicó una constitución política, en que se arrebatase á los grandes capitalistas el ilimitado poder de que habían gozado hasta entónces, se restableciera el gobierno popular, y habria el justo equilibrio entre el poder secular y el eclesiástico.

Respetuoso para con este, no estaba ciego hasta el punto de no ver los abusos que cometía, y cuán dañosas eran la ignorancia y las costumbres desarregladas del clero. Así, con la libertad que nunca impidió la Iglesia ántes de la Reforma, reprendía á los eclesiásticos sus vicios y les gritaba que se enmendasen. « Escribió á los príncipes cristianos que la Iglesia caminaba á su ruina, y que era preciso reunir un concilio, en el que se proponía probar que la Iglesia de Dios estaba sin jefe, no siendo verdadero pontífice, ni digno de esta Categoría, ni siquiera Cristiano, el que ocupaba la silla entónces. » (BURLAMACHI.)

Pero ¿cuándo se ha visto que los poderosos y los perversos hayan prestado oído á la voz que los reprende? Los *Tiepidi* continuaban oponiéndose á los *Piagnoni*, y burlándose del

(1) Se ha publicado últimamente una obra suya, titulada: *Cedrus Libani*, que es una vida de San Jerónimo, en tercetos.

(2) Un historiador actual de la literatura italiana nos refiere con pasión que se quemó hasta un cancionero del PETRÁRCA, adornado de oro y miniaturas, que valía 50 escudos. — « Finalmente (añade) llegó la hora fatal para el que sembraba tantos escándalos en su patria, y las sombras de Petrarca y de Boccaccio fueron vengadas. »

fraile reformador. Falsos devotos presentaban contra él quejas en Roma, y fray Mariano, predicando un día delante de Alejandro VI, se propasó hasta exclamar: « Quema, quema, » santo padre, el instrumento del diablo; que- » ma, digo, el escándalo de toda la Iglesia! » Informado Savonarola de aquel ataque, se expresó de esta manera predicando en la catedral: « Dios te perdone; él te castigará y » pronto se conocerá cuál de los dos ofende » los Estados y las instituciones temporales. » En efecto, no tardó en descubrirse que fray Mariano intrigaba á favor de los opresores.

Así continuó durante siete años el entusiasmo público por aquel fraile; y mientras que Roma le amenazaba con excomuniones y con la horca, Savonarola decía: « Entré en el » claustro para aprender á sufrir; los padeci- » mientos han venido á visitarme; los he es- » tudiado y me han enseñado á amar y á per- » donar siempre (1). »

CAPÍTULO III

El Milanesado. — Expedición de Carlos VIII.

El despotismo popular y el militar se habían sucedido en el Milanesado, que los Esforcias poseían como feudo imperial para no reconocerse deudores de él á la elección de los pue-

(1) Damos la siguiente carta, escogida entre algunas suyas que han sido balladas recientemente:

Á fray Domingo Buonvicini de Pescia.

« Amadísimo hermano en Jesucristo. Paz y alegría en el Espíritu Santo. Nuestras cosas van bien; pues Dios ha obrado maravillosamente, aunque por parte de las personas principales hayamos tenido grandes contradicciones, que os contaré ordenadamente á vuestra vuelta; ahora no conviene escribirlas. Muchos han recelado y aun recelan que me suceda á mí como á fray Bernardino (de Montefeltro, que fué desterrado porque predicaba contra las usuras). En cuanto á esto, es indudable que nuestras cosas no han dejado de correr algun peligro; pero siempre he esperado en Dios, sabiendo, como dice la Escritura, que el corazón del rey está en las manos del Señor, el cual le hace girar adonde quiere. Espero en el Señor, que por nuestra boca sacará gran provecho; pues todos los días me consuela, y cuando mi ánimo decae, me conforta, valiéndose de sus espíritus, que me dicen á menudo. « No temas, di con seguridad lo que Dios te inspira; porque el Señor está contigo: los escribas y fariseos combaten contra ti; pero no vencerán. » Por lo que á vos toca, alentad, pues nuestras cosas saldrán bien. No os disgustéis porque hayan acudido pocas personas á esta ciudad á oír los sermones: basta con haber dicho tales cosas á un corto número; en la semilla pequeña se oculta gran virtud. Fray Julian y su hermana os saludan; esta última dice que no os asustéis, porque el Señor está con vos. Repetidas veces anuncio la renovación de la Iglesia y las tribulaciones futuras, no absolutamente, sino siempre con el fundamento de las Escrituras; de manera que nadie puede reprendermé, á no ser los que no quieran vivir con rectitud. El conde marcha aun adelante en la senda del Señor, y concurre frecuentemente á nuestros sermones. No me es posible enviar limosnas; pues dado caso que el dinero del conde haya venido, conviene por varios respectos aguardar todavía un poco. Procuraré hacer lo demas que me encargáis. Soy breve, porque el tiempo pasa. Ponedme á disposición del padre prior, del lector, de fray Jorge, de fray Cosme, etc. Todos estamos buenos, especialmente nuestros ángeles, que se ofrecen á vos. Conserváos bueno, y rogad por mí. Espero ansiosamente vuestra vuelta, para poder contaros las cosas maravillosas del Señor.

Florenzia, á 10 de marzo de 1490.

bles; pero sin cuidarse de pedir á los emperadores una investidura que conocían no necesitaban. El ducado comprendía, además del territorio de Milan, los de Cremona, Parma, Pavia, Como, Lodi, Plasencia, Novara, Alejandria, Tortona, Bobbio, Savona, Albenga, Ventimiglia y el Genovesado, que redituaban 600,000 ducados de oro (1). Juan Galeazzo lle- 1476-91. vaba et título de duque; pero nada mas, pues su tío Luis el Moro gobernaba por él. Ambicioso y astuto (2), estaba sostenido Luis por el partido gibelino, que tenía á su cabeza á los Sanseverinos; pero cuando este partido se sublevó y declaró la guerra al Milanesado, Luis el Moro le rechazó, se apoderó del castillo de Pavia y del tesoro, « que era el mayor de la Cristiandad » atrajo á sí toda la autoridad, y reformó el Estado como si le perteneciese. Aspiraba tambien á ser el amo en el nombre, suplantando á su sobrino. Pero ¿ cómo habían de tolerarlo los Estados vecinos, sobre todo el rey de Nápoles, abuelo de Juan Galeazzo? Era, pues, indispensable agitar el estanco para pescar en él.

Amenazados los príncipes italianos por los Franceses, herederos de las pretensiones de la casa de Anjou, conocieron la necesidad de confederarse, y Luis el Moro, queriendo que un acto público hiciese saber esta alianza á la Europa, propuso que los embajadores de cada uno de ellos se encontrasen en Roma en un día determinado para felicitar al nuevo pontífice, hablando el del rey de Nápoles en nombre de todos. No contento Pedro de Médicis, que era uno de los embajadores, con eclipsar á los demas con el lujo de su comitiva, quiso tambien hacer ostentación de la elocuencia florentina; lo que le indispuso con Luis, el cual no tardó en notar que Pedro, abandonando la antigua alianza de los Esforcias, se había unido al rey Fernando, que acusaba á Luis de oprimir á su sobrino, reduciéndole hasta el estado de miseria en sus gastos personales. Alejandro VI había acariciado al príncipe aragones, con la esperanza de que diese en matrimonio á su hijo una hija natural de Alfonso, duque de Calabria; pero burlado en su proyecto, y viendo que el rey fomentaba la desobediencia de Virginio Orsini, el cual colocado entre Viterbo y Civita-Vecchia, podía abrir la ciudad de Roma á los Napolitanos, se convino con Luis. Este supo hacer que Venecia celebrase tambien una alianza ofensiva y defensiva, y casando á su sobrina Blanca María, ricamente dotada, con el emperador Maximiliano, obtuvo de este en secreto la investidura del ducado de Milan. Acostumbrado, sin embargo, á no contar con las promesas de los soberanos, sino en tanto que 1403.

(1) CORIO, p. VII.

(2) « Estoit homme tres saige, mais fort craintif et bien souple quant il avoit paour (j'en parle comme de celluy que j'ay congneu et beaucoup de choses traicté avec luy) et homme sans foy s'il veoit son prouffit pour la rompre. » COMMINES, VII, 3.

los interesase mantenerlas, conocía que tal compromiso no tenía valor real, y que sus aliados le abandonarían tan luego como les conviniese. Por lo mismo, jugando á dos manos, buscó un nuevo apoyo en la familia real de Francia, á la cual los duques de Milan se habían unido con multiplicados matrimonios.

Cár-
los VIII
de Fran-
cia.
1483.

Cárlos VIII, al morir su padre, iba á cumplir catorce años, edad en que los reyes de Francia salen de la tutela; pero la salud ó mas bien los celos de Luis XI, que temía conspirase contra él, como él había conspirado contra su padre, le había tenido alejado de los negocios y sin ninguna instruccion; no conocía, pues, á los hombres que jamas había visto, y ni siquiera sabía leer ni escribir. Como ascendiese sin transición al trono, humillado por su insuficiencia al entrar en la sociedad, se aplicó al estudio; pero tardíamente y sin plan seguido. Apenas aprendió á leer, cuando se enamoró de César y de Carlo Magno, y aspiró á llegar á ser un héroe. Les igualaba sin duda en valor; pero le faltaba genio para combinar vastas empresas y constancia para seguir adelante, á pesar de los reveses. Ana de Beaujeu, su hermana, encargada de la regencia, era una discípula digna de su padre en el arte de fingir y en la inflexibilidad. Se atrajo el afecto público mandando ahorcar á Olivéros el Diablo, barbero, ministro de hacienda, el todo de Luis XI, y haciendo mutilar y despues desterrar á Juan Doyac, procurador general del parlamento y espía. Entónces se renieron los Estados Generales en Tours para organizar la regencia, y roto el silencio que el terror del reinado precedente había impuesto, estallaron quejas, y se habló de reunir las seis naciones de Francia, pues esta se consideraba un solo país desde la extincion de la aristocracia. Proclamóse allí públicamente que el reino estaba exhausto, y que una larga paz era lo que podía restaurarlo; mas entónces empezaron cabalmente las grandes guerras.

1484.

Cárlos fué ungido; pero miéntras se divertía con perros, estudiantes, doncellas y menestrales, Ana ejercía la autoridad suprema, á pesar de la oposicion de Luis, duque de Orleans, que hasta recurrió á las armas, y fué derrotado completamente en Saint-Aubin.

1488.

1491.

El matrimonio de Cárlos con Ana, heredera del ducado de Bretaña, produjo la reunion de este gran feudo á la corona; pero le indispuso con el emperador Maximiliano, cuya hija le estaba prometida. El emperador expuso su agravio al rey de Inglaterra, que aprovechando la ocasion, formó alianza con él y desembarcó en Calais. El monarca austriaco, que se había puesto á sueldo como un aventurero, acudió á tomar parte en la pelea; pero no suministrándole sus Estados el dinero necesario, le fué preciso permanecer en la inaccion y trató de la paz. Cárlos le devolvió el Franco Condado, el Artois, el Charolais y Noyers, pagó á Enrique VII 745,000 escudos de oro (ocho millones);

y restituyó á Fernando el Católico, por escrupulo de conciencia, el Rosellon y la Cerdeña, llave de Francia por el lado de los Pirineos. Esto era destruir la obra de la unidad en que su padre había empleado tantos esfuerzos. Pero ¿qué importaban aquellos trozos de territorio á Cárlos que soñaba en la conquista del mundo?

Cárlos de Maine, último duque de la casa de Anjou, había instituido á Luis XI por su heredero. Autorizando á los príncipes el derecho público de aquella época para disponer de los gobiernos como de cosa propia, Cárlos VIII concibió el proyecto de hacer valer sus derechos hereditarios sobre Nápoles y Constantinopla, con la idea de restablecer el imperio de Oriente. Luis el Moro halagó esta ambicion, animándole á libertar á la Europa de los Turcos y á conquistar el reino de Nápoles, como punto de partida. Le pintó la empresa, era facil; él le permitiría el paso por Génova (1) y Lombardia, comprometiéndose ademas á proporcionarle armas y dinero. El papa debía favorecerle, á lo ménos bajo cuerda, para vengarse de los Aragoneses; los negociantes florentinos no querían indisponerse con Francia, donde tenían su banco principal, y tendría por amiga á Venecia, á quien los Turcos daban por otro lado bastante que hacer. Entretanto, muchos barones napolitanos prodigaban sus promesas y excitaciones, moneda habitual de los emigrados. La nobleza francesa estaba siempre ávida de proezas (2), y esperaba ganar bastante. La marcha de Cárlos dejaba el campo libre á su hermana para ejercer un poder despótico, y se esparcían profecías anunciando que Cárlos conquistaría, no solo el imperio de Constantino, sino tambien el reino de David.

Cárlos, pues, reclutó tropas, y envió á tantear las poblaciones y reconocer el país. « Vámos, decía, adonde nos llaman la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la asistencia de los amigos. » Pero había gastado ántes el dinero en comprar la paz, luego en justas (3) y fiestas dadas á las damas de Lyon « que son muy bellas y graciosas » (4); tanto que dudó si debía pasar adelante. Estimulado, sin embargo, por confidentes ambiciosos ó corrompidos, se proporcionó dinero á crecido interes; cincuenta mil ducados en Mitán, cien mil que le facilitaron los Sauli de

(1) Génova estaba bajo el alto dominio de la Francia, y Galeazzo, investido de ella, la ofreció al rey Cárlos. « Le seigneur Ludovic donna á aucuns chambellans du roi huit mil. »

(2) « Le François ne fut jamais qu'il n'aima à mener les mains, sinon contre l'étranger, plus tôt contre soi-même. Aussi le Bourguignon et le Flamand disent de nous, que quand le François dort, le diable le berce. » BRANTOME, disc. 89. sur les colonels généraux.

(3) « Ce gentil roy ne songeoit qu'à donner aux seigneurs et aux dames force beaux plaisirs, et passe temps et des beaux tournois à la mode de France, qui ont toujours emporté le prix pardessus tous les autres; jeux guerriers, où il estoit toujours des mieux tenans et des mieux faisans. » El mismo.

(4) Mém. de Bayard.

Génova, y Blanca de Saboya le prestó sus diamantes, que él empeñó.

No se dormían en Italia: Fernando atrajo al papa á su partido, concediendo á su hijo el objeto de su ambicion, es decir, la mano de Sancha, hija natural de Alfonso, duque de Calabria. Habiendo muerto en medio de los preparativos, le sucedió este último con un pingüe erario, un ejército y una escuadra florecientes, mucha reputacion de valor, y la crueldad y perfidia necesarias para prosperar. Al principio sostuvo la opinion que se tenía de él, excitando á los príncipes á defender la independencia italiana, y fortificando el país por tierra y por mar, de modo que las primeras tentativas de Francia hácia el Genovesado salieron mal.

1491.
25 enero

Los Italianos tenían la costumbre de considerar á los Franceses, ántes de su llegada, como libertadores; así es que Juan Galeazzo esperaba que le libertarian del yugo de su tío. Los Florentinos creían emanciparse con su ayuda del de los Médicis; Alejandro VI dar un principado á su familia; los Venecianos humillar á Aragon; los Napolitanos sustraerse de la tiranía extranjera; al paso que los sabios hallaban motivos de temor, aun sin los prodigios y conjunciones de astros que asustaban al vulgo y á las personas instruidas.

Entretanto Cárlos VIII pasaba los Alpes con 3,600 hombres de armas, 600 arqueros bretones, otros tantos ballesteros franceses, 8,000 hombres de infantería ligera, todos Gascones, armados de arcabuces, otros tantos alabarderos suizos en grandes batallones de 1,000 hombres cada uno. Los soldados franceses se reducían á una turba de miserables que merecían la horca, la mayor parte marcados en la espalda y sin orejas, por lo cual llevaban la barba y el pelo muy largos (1). Lo demas era una horda de Bárbaros de todas clases, con un nuevo género de guerra, armas nuevas y un valor feroz. Entónces se vió claramente la inferioridad de la organizacion de las milicias italianas, tanto por ser, gracias á su viciosa institucion, oficio de particulares mas bien que disposicion pública, como por su mala artillería é infantería, su caballería pesada, sus máquinas difíciles de conducir y de manejarse, de modo que costaba mucho tomar las fortalezas, y las guerras duraban largo tiempo. Miéntras pelearon Italianos con Italianos todos tenían iguales defectos; pero ahora no se trataba ya de bombardas, que arrastradas por bueyes lanzasen piedras contra los muros á largos intervalos, sino de 140 cañones de grueso calibre y 1,200 de montaña,

(1) « L'armée du petit roi Charles VIII étoit épouvantable à voir. De tous ceux qui se rangoient sous les enseignes et bandes des capitaines, la plupart étoient gens de sac et de corde, méchants garnemens échappés de la justice, et surtout force marqués de la fleur de lis sur l'épaule, essorillés, et qui cachoient les oreilles, à dire vrai, par longs cheveux hérissés et barbes horribles, autant pour cette raison que pour se montrer plus effroyables à leurs ennemis. » BRANTOME, disc. 89 cit.

llevados á lomo ó tirados por caballos, que arrojaban de continuo balas de hierro, cuyo furor no podían resistir los antiguos castillos. La táctica no consistía ya en sucederse los escuadrones como en un torneo; tratábase de tropas que (con grande admiracion y escándalo de los Italianos) pensaban realmente en matar, no solo hombres, sino tambien caballos, y la batalla de Rapallo, en que perecieron cien combatientes, fué considerada como una horrible carnicería.

« Y sin embargo (dice Commines), á aquel ejército le faltaba todo; el rey con la leche aun en los labios, débil, testarudo, no tenía al lado personas prudentes, buenos jefes, dinero, tiendas ni pabellones, y emprendía la marcha en invierno. Debe, pues, creerse que aquel viaje fué dirigido por Dios, tanto á la ida como á la vuelta, pues el discurso de los capitanes no sirvió de nada. » Despues de atravesar la Saboya y el Monferrato, que demasiado débiles y gobernados por niños no opusieron resistencia, llegó Cárlos á Asti, ciudad francesa, como dependiente del duque de Orleans. En Turin, la duquesa salió á recibirle á la cabeza de sus damas, « tan bien adornadas que no había qué decir. » Se le dieron espectáculos, y la ciudad le regaló un caballo que, « por cortesía, llamó Saboya, y que montó constantemente durante aquella expedición. Quiso tambien, á imitacion de Alejandro, que su cronista hiciese repetida mencion de él.

Encontró en Pavía á Juan Galeazzo, débil de cuerpo y aun mas de espíritu. Su mujer Isabel había tratado de despertar su valor, y hacer que de nuevo intrigase; pero aquel príncipe pusilánime no sabía siquiera callar las tramas que ella urdía para libertarle. No le quedaba, pues, mas recurso que implorar la piedad de su primo Cárlos (1); pero Luis el Moro se había anticipado, presentando al rey « muchas hermosísimas matronas milanesas, con algunas de las cuales tuvo amorosas relaciones, y las regaló anillos preciosos. » (CORIO.) Quizá las viruelas de que enfermó fueron consecuencia de esto. Pocos dias despues Juan Galeazzo murió de fiebre venenosa, como dice un cronista; y Luis, en virtud de los ruegos de todos, se encargó del ducado.

Los señores franceses, cuya generosidad se indignó con semejante perfidia, exhortaron á Cárlos á dirigir sus armas contra Luis el Moro; pero prefería atacar á los Aragoneses, contra quienes no tenía agravios que alegar, y se adelantó por Italia. De los Florentinos, los emigrados se unieron á él; los demas, considerando mucho tiempo hacia á la Francia como protectora del partido güelfo, se quejaban de que Pedro de Médicis los arrastrase á una guerra contraria á sus sentimientos é intereses. Pero cuando empezaron á verse las muertes y los incendios que el ejército invasor llevaba á

(1) Cárlos VIII y Juan Galeazzo nacieron de dos hijos de Luis de Saboya.